

bata, porque se ahogaba. “¡Que fuese posible semejante cosa en plena civilización, en un país en donde se viajaba en ferrocarril! ¡Era incomprendible!” Porque no se trataba de la audaz hazaña de un miserable loco de amor, sino que se hallaban pura y simplemente “ante un rapto que debía concluir en un crimen ritual”. Las palabras del comisario, que había acabado por hacerse oír entre los llantos y las explicaciones de todos, no permitían abrigar acerca de esto la menor duda. Lo más extraordinario era que al mismo tiempo que se mostraba muy apenado por el triste suceso, porque era un buen hombre, parecía contentísimo, en el fondo, de que este suceso hubiese podido ocurrir, porque era un funcionario del que se habían reído mucho y al que nunca tomaban en serio sus jefes cuando hablaba en sus informes de ciertas costumbres desconocidas de los indios, de las ejecuciones rituales de los niños y del sacrificio incaico de las mujeres. Le tildaban de poeta. Y por ello sentía justa indignación. Los acontecimientos se encargaban de vengarle: ¡el rapto de una peruana durante las fiestas del “Interaymi”!, y en qué circunstancias: ¡con todo el cortejo de “ponchos rojos”!

¡No se habían reído poco al oírle hablar de los “ponchos rojos!” Pues bien: ya los tenían en campaña!...

Todos le escuchaban silenciosos y desesperados. Viendo aquel dolor Natividad se encargó de tranquilizarles. Los indios no podían ir muy lejos con su preciosa carga. Todos los desfiladeros de la

sierra estaban tomados por las tropas de Veintemilla y les sería muy fácil encontrar refuerzos en cuanto la cuadrilla de fanáticos saliese de la “Costa”. Lo esencial era no perder su pista.

Precisamente en aquel momento el tren seguía un camino paralelo a la carretera de la costa y los ojos de los viajeros no se apartaban de la faja blanca y desierta iluminada por la luna.

Dejaron atrás algunas casitas de adobes, algunas chozas de bambú, y se hallaron por fin en la soledad del desierto de arena. Asomados a las ventanillas, Raimundo, el marqués y el comisario, trataban de ver algo. Francisco Gaspar tuvo que coger en brazos a Cristobalito para que también él pudiese mirar. El pobre niño sollozaba a cada momento: “¡María Teresa!... ¡María Teresa!... ¡hermana mía! ¡por qué me han quitado mi hermanita?” El marqués y Raimundo no podían contener las lágrimas al oírle. De repente todos se pusieron de pie: “¡El automóvil!” Fue un grito único que se escapó de sus labios.

Acababan de ver el auto, en la carretera, parado a la puerta de una “hacienda!”... El comisario se precipitó de un salto sobre el timbre de alarma. Y el tren se detuvo. Acudió el conductor. Nuestros viajeros habían saltado ya a la vía. El comisario le dijo que desde Chorillos les enviase inmediatamente policía, soldados y sobre todo caballos, en fin, cuantos socorros pudiera procurarles.

El tren reanudó su marcha. Raimundo corría como un loco por la llanura, sin escuchar al comi-

sario que le aconsejaba prudencia y le suplicaba que no diese la voz de alarma.

Llegó el primero a la carretera y, ya sin aliento, se acercó al automóvil. Llevaba el revólver en la mano, dispuesto a saltar la tapa de los sesos al primer indio que se le presentase. Pero, no vió a nadie. No había nadie en el auto ni junto al auto. Parecía abandonado en aquella carretera desierta frente a aquella "hacienda" misteriosa cuyas paredes envueltas en sombras sólo aparecían iluminadas aquí y allá por los lívidos rayos de la luna.

¡LA HAN ASESINADO! ¡LA HAN ASESINADO!

La puerta de la "hacienda" estaba abierta. Raimundo penetró en el zaguán. Todo parecía abandonado. No había un alma en el patio rodeado de edificios, algunos de los cuales estaban en ruinas. Aquello era todo lo más una "higuera", o más bien una "chacra", es decir, una hacienda pequeña cuyos propietarios debían cultivar hortalizas que después venderían en la ciudad. Raimundo tenía a su derecha la "bodega" o depósito para las mercancías y los aperos de labranza y a la izquierda la "casa" en la que debía vivir el propietario. Las puertas de la casa estaban también abiertas. El marqués y el comisario se reunieron con Raimundo en el momento en que éste volvía al automóvil del cual cogió un farol que encendió. Todos guardaban el mayor silencio.

No se oía el más ligero rumor en la llanura. Y penetraron en la casa.

Apenas entraron en la primera habitación, notaron el olor singular, el perfume intenso, acre y tenaz que la llenaba toda. Dieron prudentemente algunos pasos y de pronto lanzaron exclamaciones de horror. Los muebles aparecían caídos en

el suelo, en el mayor desorden. Raimundo resbaló en un charco de sangre. ¡Sangre, todo estaba lleno de sangre! Raimundo y el marqués, dominados por terrible angustia, gritaron desesperadamente: “¡María Teresa! ¡María Teresa!” Y callaron repentinamente, porque ambos tuvieron al mismo tiempo la sensación de “que les habían respondido”.

—¡Dios mío!—exclamó el joven,—¡la han asesinado! ¡la han asesinado!

Y corrió hacia una escalera que subió hasta el piso principal, de donde salía un lamento prolongado que, a la sazón, todos oían distintamente...

Y el joven resbaló de nuevo, tuvo que apoyar en los escalones una mano que se empapó en algo tibio. Y miró con espanto aquella mano: ¡estaba roja!... ¡sangre!

¡Deseaban encontrar una pista! ¡Habían encontrado una... y que no podía engañar! La pista conducía al gemido, a los lamentos de agonía que atravesaban las paredes y los techos, que resonaban lúgubrementemente en toda la hacienda. Y cruzaban dos habitaciones, dos habitaciones por las que alguien había sido perseguido, en las que había luchado, en las que se había defendido!... “¡María Teresa!... ¡María Teresa!”... ¡Un descansillo, una puerta, un cuarto oscuro y en el cuarto oscuro los lamentos!... ¡y un cuerpo con el que tropiezan!... un cuerpo junto al cual se arrodillan, un cuerpo al que sus brazos enlazan, un cuerpo palpitante que levantan... ¡Libertad!... ¡es Libertad el que muere! ¡Y todos dan gracias al cielo, porque el que muere es Libertad!

El desdichado “boy” está cosido a puñaladas. Le han herido en el pecho, en la espalda, en la cara, en todas partes. Jadea, pide aire. Le arrastran hasta una ventana. Le interrogan y se enteran de que expía su crimen... Pero Raimundo sólo le escucha para saber en dónde está María Teresa... y en cuanto Libertad señala con un gesto la remota sierra, el camino que sube desde la carretera a la montaña, vuelve a bajar como un loco porque ha comprendido que los sacerdotes rojos están ya lejos con su novia.

En la carretera encuentra al tío Ozoux que en vano intenta consolar a Cristobalito, el cual ha subido al auto; ha encontrado allí el abrigo de su hermana y atruena toda la “costa” con sus sollozos y sus gritos desgarradores: “¡María Teresa! ¡María Teresa!”

El niño se arroja en brazos de Raimundo sollozando: “¡Se la han llevado los infames!” pero se ve tan brutalmente rechazado por el joven enloquecido que pide a gritos un caballo, que comprende de pronto que sus lloriqueos de niño están de más! ¡Ah! ¡un caballo! ¡una mula! Algo para emprender la persecución!... ¡Y aquel automóvil inútil que después de haber servido para el rapto no puede servir para nada!... ¡para nada!... no puede servir para recorrer aquellos senderos de la montaña por donde los sacerdotes rojos han huído con su presa. Pero, de repente el niño, da la voz de alarma... Le ha parecido oír detrás de la bodega, en el fondo del patio, como el rumor producido por unos cascotes al chocar contra unas ta-

blas, y también ha creído oír un relincho. ¿Se engañará? ¿No habrá caballerías en la cuadra?... ¡Corre allá... son llamas!... tres pobres llamas escuálidos, cansados de haber llevado, durante muchos años, cargas demasiado pesadas, y que ahora ni siquiera serían capaces de llevar a aquel niño!... ¡Sin embargo, un llama no relincha! y Cristobalito ha oído un relincho...

Da la vuelta a la casa y de repente se acurruca contra la pared... en medio de la llanura hay un jinete, inmóvil, como si vigilase la hacienda. Y junto a él, en la misma inmovilidad expectante, un animal ligero, fino, de jarretes de cabra, de largo cuello, de orejas enhiestas siempre en acecho, un llama de la Cordillera que debe seguir a aquel jinete como el perro sigue a su amo. ¡Un caballo y un llama! ¡Cristobalito no se atreve ni a respirar!...

—¡Sí, pero hay un jinete que sobra!...

En el momento en que se hace esta reflexión, el caballo da una huída, el jinete lanza un juramento y se oye un tiro. Un bulto que parece surgir de la tierra y que se había deslizado disimuladamente hasta allí, acaba de disparar su revólver.

El jinete extiende los brazos y cae, rueda por la arena, en tanto que el bulto se precipita sobre el caballo y salta a la silla. Acércase Cristobalito.

—¡Dile a tu padre que por lo pronto ya he despachado a uno! ¡y que tengo un caballo!—le grita Raimundo que es el autor de la hazaña.

Y lanza su montura por el camino de la sierra. Pero el niño no le responde y corre con toda

la velocidad de sus piernecillas tras el llama que a su vez corre tras el caballo. Se coge a su lana y le habla como se debe hablar a los llamas; salta a sus lomos, se los oprime con sus nerviosas piernecillas... y los dos jinetes pasan como dos flechas por delante del tío Ozoux que levanta al cielo azul sus largos brazos con los cuales parece medir toda la inmensidad de su desesperación!...

Entretanto, en el primer piso, Libertad terminaba su siniestra e interesante confesión. El comisario retuvo al marqués haciéndole comprender la importancia que podían tener las últimas palabras del miserable "boy" y cuán inútil sería la presencia de Cristóbal en una carretera en la que nada podía hacer, mientras no le proporcionasen caballos. Natividad esperaba los socorros pedidos por teléfono, ya del Callao ya de Chorrillos. Y pensaba que no tardarían en llegar. Pensaba sobre todo, en que era una suerte que el marqués estuviera a su lado para recibir al mismo tiempo que él la declaración que había de venir a confirmar cuanto en otro tiempo dijera acerca de los crímenes misteriosos de los indios. Y atormentó a Libertad hasta que éste exhaló el último suspiro.

Esta declaración incoherente, interrumpida por el sufrimiento, suspendida por el estertor, y terminada con la muerte, demostró con una claridad mayor que la de aquella maravillosa noche tropical, que el rapto había sido preparado de antemano y que hacía lo menos dos meses que habían

elegido a la hija del marqués de la Torre para futura víctima del "Interaymi".

Por aquella fecha comenzaron los indios a poner a prueba la fidelidad del "boy" que no supo resistir mucho tiempo ante una oferta pecuniaria bastante importante. No le pidieron más que una cosa: que estuviese dispuesto cierta noche para guiar él mismo el auto y conducirlo adonde le dijese "sin que tuviera que preocuparse de lo que sucediera a su espalda". Consintió en todo, mediante doscientos "soles" de plata de los cuales le habían dado cincuenta en el acto.

—¿Y con quién hiciste el trato?—preguntó el comisario.

—Con el empleado del Banco franco-belga, que iba algunas veces al almacén y que se llama Oviedo.

El marqués dió un salto:

—¡Oviedo Huayna Runtu! ¡El hombre que no se había separado un momento de ellos durante su viaje a Cajamarca! ¡El indio que se vestía en casa de Zárate! ¡el que les había seguido paso a paso desde su salida de Lima! Si aquel miserable había dispuesto en el Callao el rapto de María Teresa, había debido contrariarle, en efecto, la salida de la joven para Cajamarca... Esto explicaba sus asiduos cuidados y también la visita al jefe de policía de Cajamarca para aconsejarle que corriera y la conveniencia de regresar cuanto antes a Lima y al Callao. Tal vez fuese él mismo el que había enviado a la fonda aquel aviso anó-

nimo que bajo las apariencias del interés y de la compasión, debía hacer caer más pronto a la pobre María Teresa en el lazo que le habían tendido.

—¿Y cuándo supiste el día y la hora señalada para dar el golpe?—preguntó el comisario al desgraciado, al que tenía que incorporar cada vez más porque se ahogaba por momentos.

—Hoy mismo. Oviedo fué a buscarme y me dijo: "¡Hoy va a ser! un indio te dirá: "Dios anki tiourata" ("buenos días" en "aimara"), en seguida, te subirás al automóvil y suceda lo que suceda no volverás la cabeza. Ya te dirán adónde y por dónde debes ir, y no te detendrás hasta que te lo digan "bajo pena de muerte".

Libertad relata en breves frases, algunas de las cuales quedan sin concluir, el rápido drama.

Eran poco más de las seis y media cuando el "boy", que estaba en la calle, sintió que le tocaban en el brazo, y oyó la frase "Dios anki tiourata" pronunciada por un hombre cuyo aspecto le hizo retroceder un paso. Hasta entonces, sólo había visto cabezas como aquella en los panteones (cementorios) incas y poco le faltó para creer que era algún espectro. Pero se rehizo, saltó al auto y persuadido de que en ello le iba la vida esperó sus órdenes. Aunque no volvió la cabeza, no pudo menos de oír lo que ocurría en la ventana y comprendió que raptaban a la hija del marqués de la Torre.

En aquel momento, se arrepintió de lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde para retroceder. Obedeciendo las órdenes que le dieron,

bajó hacia el muelle de la Dársena por la calle de San Lorenzo. En la calle de San Lorenzo le hicieron detenerse un momento ante una puerta baja por la que salió un indio al que reconoció inmediatamente: era Huáscar. Huáscar se acercó al automóvil y miró al interior, diciendo luego en quichúa: "Está bien, ¡hasta ahora!" y dió a Libertad la orden de proseguir su viaje por la carretera de Chorillos y de detenerse en la "hacienda" de Ondegardo, que conocía perfectamente por haber comprado varias veces en ella aguardiente de maíz. Se dirigió a la "hacienda" a toda velocidad. Ningún ruido salía del interior del coche. ¿Estaría muerta la "señorita"? Hubiera podido creerse. ¡Ni una palabra, ni un suspiro, nada! Al detenerse delante de la "hacienda" observó que la puerta estaba abierta y que la casa parecía abandonada. Volvióse entonces instintivamente y vió tres gnomos cuyas cabezas horripilantes, la una como un pilón de azúcar, la otra cuadrada y la tercera oblonga, salían del agujero de un "poncho rojo". Y se disponían a bajar con grandes precauciones el cuerpo de la "señorita" a quien reconoció bajo el velo amarillo que la cubría. Parecía dormida.

La transportaron a la casa. Y él, Libertad, aguardó en el pescante, sin pensar más que en cobrar, en llevar el automóvil al Callao, en escaparse a la sierra y en salir cuanto antes de aquel espantoso enredo.

En aquel momento sintió el mestizo tras sí el galope de un grupo de jinetes, y casi inmediata-

mente se vió rodeado por unos treinta hombres, envueltos todos en ponchos rojos. A la cabeza de aquellos hombres iban Oviedo y Huáscar, el cual mandó a Libertad penetrar con él en la casa.

No se asombró poco Libertad al entrar en la primera habitación y encontrar allí media docena de mujeres todas vestidas de negro, envueltas en sus jaiques de luto que no dejaban ver más que sus ojos, todas de pie en la puerta de otra estancia, a la cual habían transportado indudablemente a la hija del marqués de la Torre.

—¡Las mamaconas!—exclamó el comisario que sudaba a chorros por los esfuerzos que hacía para obligar a Libertad a terminar su declaración, al llegar el "boy" a esta parte de su confesión.—¡Las "mamaconas"! ¡Ah! ahora ya sabemos con quién tenemos que habérmolas! ¿Y qué más?... ¿qué más?... concluye antes de morir, desgraciado! ¡Y Dios te perdonará!

—Sí, las mamaconas, ¡eran las mamaconas!... ¡Pero Dios tendrá piedad de mí!—gimió el moribundo,—¡yo no sabía que querían raptar a la hija de usted, señor marqués!... ¡Pero no está perdida!... ¡No! ¡Dios no lo permitirá, "señor"!... ¡La salvarán ustedes antes del espantoso sacrificio!... Sí, sí... me enteré de todo aquí... los ponchos rojos no sabían que yo hablo el "aimara"... ¡No tuvieron ningún reparo en hablar delante de mí!... ¡Decían que "Atahualpa tendría una esposa muy bella"! ¡y que el Sol y los hijos del Sol podían estar satisfechos!... ¡Y todos se prosternaron cuando la señorita pasó!...

LA "SEÑORITA" EN MANOS DE LAS MAMACONAS

LA viste pasar!—exclamó el marqués que inclinado sobre Libertad parecía beber su aliento al recoger sus últimas palabras.

—Sí, la vi... señor... ¡Vi a la señorita!... ¡A la señorita a quien vendí por doscientos soles de plata!... Y que me perdonará cuando la haya usted arrancado del poder de esos monstruos, porque es buena... era buena... era muy buena... mi ama... ¡y yo la he vendido... por doscientos soles de plata...!

—¿Cómo pasó? ¿cómo la viste?—preguntó febrilmente el comisario.—¿Ya no estaba dormida?...

—Salió de la sala sostenida por otras mujeres con velos y jaiques negros... y los tres horribles gnomos bailaban a su alrededor... Parecía estar sin fuerzas... indudablemente la habían hecho beber algún narcótico... o respirar algún perfume terrible... de los que ellos conocen... ¡de los que ellos conocen!... sí... ví... por última vez... a la "señorita", iba envuelta en un manto de oro... y

llevaba la cara cubierta por un velo de oro... sólo se le veían los ojos... sus ojazos inmóviles... que no me vieron... que no parecían ver a nadie... unos ojos de muerta viva que me hicieron caer de rodillas a mí también... Andaba sostenida por las dos mujeres en sueños... y las mamaconas la rodeaban... y los gnomos bailaban en silencio... Salió de la casa con todas las mujeres y todos los hombres, algunos de los cuales llevaban antorchas apagadas... Y al llegar a la carretera, todos montaron a caballo y las mujeres en mulas... en unas mulas magníficas que habían traído de la sierra... ¡ah!... ¡unas mulas como no he visto otras!... ¡mulas de mamaconas!... ¡Ah! me muero, pero, antes, es preciso que diga que me asomé a la ventana... que lo ví todo desde la ventana... En los "ranchos", mientras bebía "pisco" con los quichúas, había oído hablar muchas veces de las "mamaconas"... ¡Pues bien: asusta el verlas!... ¡asusta el verlas!... Andan como fantasmas negros... Todo lo tenían preparado aquí, en esta hacienda abandonada... a cuyos dueños y a cuyos guardas tal vez hayan matado... Una "mamacona" cogió a la "señorita" y la acomodó junto a sí, en su mula... Y todas las mamaconas iban detrás, para llevar a la "señorita" por turno, seguramente... La señorita, entre aquellos brazos negros parecía un envoltorio amarillo... y no se movía más que si hubiese estado muerta... Delante iban los tres gnomos a caballo precedidos por Oviedo Runtu, que dió la señal de marcha... Yo me deslicé hasta la ventana para verlo todo... ni siquiera me acor-

daba de que no me habían pagado... Se alejaron al trote, ¡todos! los ponchos rojos cerraban la marcha... y desaparecieron por el atajo, por la torrentera que sube hacia la "sierra"...

Llevaban al... templo del Sol... a la esposa del Sol... porque... celebran la fiesta... del "Inter... ayí"... inter...a...y...mí! ¡Pero los alcanzarán ustedes... en la "sierra"!... ¡Y Dios me perdonará!

Tras estas palabras cerró los ojos y creyeron que había muerto... pero respiró de nuevo y de nuevo movió los párpados...

—¿Y así, quién te hirió?—preguntó Natividad —¿fué tal vez al tratar de salvar a tu ama cuando te ocurrió este percance?

El moribundo sonrió con amargura, porque comprendía que el "inspector superior" se burlaba de él por su traición y su cobardía.

—No me ha sucedido más que lo que merecía— dijo el "boy" (y trató de hacer la señal de la cruz, pero no pudo levantar el brazo). Sí... cuando me volví, no había en la sala nadie más que Huáscar y yo: entonces le dije: "¿Me pagarás?" Huáscar no me respondió... pero me señaló mis doscientos "soles" de plata encima de una mesa, me precipité sobre los doscientos "soles". No había ni uno más. Dije: "¡No es mucho para un trabajo como este! Yo no sabía que iban a robar a mi ama!" Entonces se dignó hablarme. "¿Si hubieses sabido que querían robar a tu ama, qué hubieras hecho?" "Pues hubiese pedido lo menos cuatrocientos "soles"—le respondí. — ¡Dame cuatrocientos "soles" y no diré nada!"

Esta respuesta fué la que me perdió. Huáscar, desde que empezó a hablarme, tenía la mano escondida bajo el "poncho". Se acercó a mí con una sonrisa espantosa y de repente me dió una puñalada que me hizo vacilar. Al pronto no comprendí, y creí que me había dado un puñetazo... pero su brazo se alzó de nuevo sobre mí armado del largo cuchillo... huí aullando... se precipitó hacia mí y me hirió por la espalda... escapé... me persiguió... pude llegar hasta este piso... gritando, pidiendo gracia... pero no cesaba de herirme, y vine a caer aquí en donde me dejó creyéndome muerto y en... donde... voy... a morir...

En efecto, comenzó el estertor, pero ni el marqués ni el comisario disponían de tiempo para presenciar su agonía...

Tenían que hacer otras cosas más interesantes que cerrarle los ojos. Afuera acababa de oirse un disparo.

Se precipitaron a la ventana para ver lo que pasaba en la carretera. El tío Ozoux no hacía más que dar vueltas alrededor del automóvil. Le preguntaron en dónde estaban Raimundo y Cristobalito. Y él, como fuera de sí, les respondió que los estaba buscando y en el mismo instante, cruzando la carretera con la rapidez del rayo y corriendo hacia el barranco que pasaba bajo la línea férrea, y subía hacia la sierra, vieron a Raimundo en su caballo... y a Cristobalito en su llama. Los llamaron, pero es probable que los otros ni siquiera les oyesen.

Aún no se había extinguido, alejándose hacia

el barranco, el rumor de esta insensata carrera, cuando se oyó el galope de unos caballos a la derecha, por la senda que conduce a Chorrillos. Algunos jinetes aparecieron en la carretera.

—¡Estamos salvados si tenemos caballos!—exclamó Natividad...—Es indudable que nuestros indios se dirigen a Cuzco, o a los alrededores del Titicaca, a través de la sierra; pero seguramente tropezarán con las tropas de Veintemilla. Lo que hace falta es seguirlos hasta allí, y contarle todo al primer oficial que encontremos el cual nos ayudará. Los miserables saben perfectamente lo que se hacen y por eso abandonan la "costa". No hubieran ido muy lejos. ¡Los hubiese hecho detener en Cañete o en Pisco!

Bajaron y corrieron por la carretera al encuentro de los jinetes.

El tío Ozoux hizo una pregunta al marqués que ni siquiera le respondió; pero, no bien se apearon los jinetes, que eran soldados enviados desde Chorrillos obedeciendo las órdenes dadas por teléfono por Natividad, cuando el marqués saltó sobre un caballo y se alejó a todo escape por el mismo camino que habían seguido un instante antes Raimundo y su hijo.

—¡Qué locura!—murmuró Natividad.—Si alcanzan a la cuadrilla están perdidos...

—Pero, ¿qué debemos hacer, señor comisario?—imploró Francisco Gaspar a quien la suerte de aquella pobre muchacha enternecía literalmente, pero que no pedía más, en semejantes circunstancias, que quedarse a retaguardia.

—¡Seguirlos desde lejos!—replicó Natividad.
—¡Muy bien!... ¡Perfectamente! ¡averiguar adónde van!... ¡y hacerles prender!

—Gracias a los informes exactos que nosotros daremos... Todavía hay un gobierno en el Perú, todavía hay policía, todavía hay soldados que no vacilan en sacrificarse por el gobierno!...—exclamó Natividad.

Al decir esto se volvió hacia los cuatro soldados que le había enviado y que representaban toda la fuerza armada que quedaba en la "costa".

Francisco Gaspar aprobó este plan que le pareció de perlas, sobre todo cuando supo que aquél a quien él llamaba el comisario, y que desempeñaba un alto cargo: "¡inspector superior!"... iba a hacerse acompañar por los soldados. Precisamente en aquel instante, llegaron del Callao tres agentes de policía montados en sendas mulas que cedieron a su jefe ya que éste las necesitaba para su expedición.

Natividad entró un instante en la casa y en una hoja de su librito de memorias que debían llevar al Palacio de la Presidencia y entregar al propio Veintemilla, escribió unas palabras dando cuenta al presidente del rapto de la hija del marqués de la Torre por los sacerdotes quichúas del "Interaymí". ¡Qué desquite para Natividad a quien diez años antes, había estado a punto de hacer caer en desgracia el mismo Veintemilla, en aquella época simple jefe de la policía en Lima, que ni siquiera quería oír hablar de los extraños "informes" de su subordinado Pérez, el cual pretendía probar en

ellos el rapto "ritual" de la pobre María Cristina de Orellana!

Uno de los policías recibió la comisión y salió inmediatamente para el Callao. Los otros dos quedaron encargados de retirar el cadáver del "boy" y de comenzar una indagatoria en la casa y por los alrededores de la "hacienda". Luego, el inspector superior invitó a Francisco Gaspar a montar y ambos, caballeros en sus mulas, se pusieron a la cabeza de la caravana. El soldado a quien el marqués arrebatara su montura, montó en la tercera mula. Cuando los militares vieron que los llevaban hacia la sierra, cuando ellos creían volver a Chorrillos, empezaron a refunfuñar, pero el "inspector superior" les cerró la boca dándoles la orden de marcha en nombre del "supremo gobierno".

Natividad tuvo buen cuidado de proveerse de las recias mantas de los dos agentes que quedaban en la hacienda y de sujetarlas a su silla.

—¡En marcha!—ordenó.

Y se internaron a buen paso en el barranco que cortaba el camino.

—Iremos tan deprisa como las "mamaconas"—dijo en voz alta el comisario.

—¡Las "mamaconas"! ¿pero estaban aquí?—exclamó Ozoux espoleando su montura hasta hacerla emparejar con la del comisario.

—¡No faltaba nada, señor!, ¡los ponchos rojos!... las "mamaconas"!... y "los tres jefes del templo, los únicos que, además de las mamaconas tienen derecho a tocar a la Esposa del Sol!"... Pero, señor, hace quince años que estoy dicién-

do a todo el que quiere oirme, que nada ha cambiado entre los salvajes!... ¡Nada!... ¿No conservan su idioma tan puro como en tiempos de los Incas? ¿No beben, no comen, no rezan, no se casan lo mismo que hace quinientos años? ¿Se ha notado algún cambio desde la conquista en sus "costumbres aparentes?"... ¿Por qué han de haberse modificado sus "costumbres ocultas?"... ¿Por qué? ¿por qué han de haber cambiado, sobre todo en lo que concierne a la religión que es, por principio, inmutable? ¡La religión católica no ha hecho más que confundirse con la antigua sin modificarla! ¡Ah! ¡si hubiesen querido creerme! Mire usted, esta cuestión me interesa. En los comienzos de mi carrera me encontré ante un crimen que era imposible explicar normalmente... pero que resultaba perfectamente comprensible "religiosamente", sobre todo tomándose el trabajo de pensar que aún teníamos que habérmolas con los incas. ¡Me enviaron a paseo!... Comprendía que me iban a "poner en la calle" y me incliné, acepté la versión oficial del crimen... pero seguí trabajando por mi cuenta... no me contenté con aprender a fondo el quichúa, sino que aprendí también el "aimara" que es el idioma sagrado que se habla en los alrededores de Cuzco y del lago Titicaca... Ese lago fué la cuna del pueblo inca... y hacia ese lago, no lo dude usted, es hacia donde los indios nos llevan... No hacia un lienzo de muralla de todos conocido, sino a su templo oculto... aquel en el cual no han dejado de officiar sus sacerdotes desde la conquista española...

EL RAPTO DE CRISTOBALITO

AH! con qué entusiasmo se explicaba el buen Natividad en la alegre noche tropical, aferrado a su sueño, a su sueño inca y cabalgando en su mula que le llevaba al templo del Sol, a salvar a la Esposa del Sol... Había olvidado por completo a Jenny la obrera.

—Los alcanzaremos, ¿no es verdad?—preguntó Francisco Gaspar que desde hacía algunos instantes miraba al "inspector superior" con recelo, temiendo que se burlase en su persona de toda la Academia, pues aquel comisario le parecía harto sereno... casi alegre, en tan horribles circunstancias...

—Sí, señor, tranquilícese... ¡Cumpliré con mi deber!... "¡Dios mío! estoy contento!" (1)—exclamó Natividad.—"¡Es una gran satisfacción!..." ¿Adónde quiere usted que vayan si les seguimos los pasos?... ¡En la sierra se encontrarán con los soldados de Veintemilla!... En la "costa", todos

(1) En castellano, en el original, las frases acotadas.